

analizados, que en la mayoría de los casos se rubrica además con el añadido siempre atractivo de una imagen o fotografía del personaje y de su firma.

No ha de pasarse por alto en esta enumeración de aciertos la impecable presentación formal del trabajo, la claridad de su estructura, y la gran utilidad de todos sus listados (de parlamentarios, de municipios, de fuentes), cuadros e índices (onomástico y toponímico), que lo convierten en un instrumento versátil tanto para la consulta como para la investigación.

Desde luego, esta ambición en los planteamientos y el rigor en los resultados no hubieran sido posibles sin un buen plantel de autores. Hay que ser historiador de la contemporaneidad, conocedor de la naturaleza y la evolución de la vida política del liberalismo español, para hacer una lectura correcta e inteligente de la abigarrada información que contienen las fuentes, y para construir un relato coherente en el que queden anudadas con sentido las distintas realidades que conforman la vida de cada personaje. El lector tendrá ocasión de comprobar que esto es así, y que el logrado esfuerzo apreciable en las páginas del presente diccionario y en las del que le precedió, avalan la idoneidad del equipo investigador, integrado por una docena de historiadores, entre catedráticos, profesores titulares, doctores y doctorandos, ligados al Departamento de Historia Contemporánea de la UPV-EHU.

Entiendo que todo lo dicho hasta el momento confirma la inicial caracterización del presente "Diccionario biográfico de los Parlamentarios de Vasconia (1876-1939)" como una obra necesaria, útil y valiosa. Por ello mismo, quizá a muchos a quienes interesa, y hasta apasiona, aquel tiempo histórico y asimismo el ámbito de lo político, el espléndido trabajo del diccionario les "abrirá el apetito" intelectual de trascender de la biografía individual a la prosopografía o biografía colectiva, en la creencia de que es en el análisis de conjunto de una élite política donde terminan de aquilatarse las trayectorias particulares, y donde igualmente se descubren las redes de relaciones sociales de la más diversa índole que acaban constituyendo los auténticos fundamentos del origen del poder político. Pero, qué duda cabe, que una aproximación al análisis de la naturaleza de la vida política y aun de la sociedad vasca de entresiglos es ya una segunda empresa de envergadura, imposible de acometer si previamente no se dispone de un buen corpus de biografías de sus clases rectoras. Que el que aquí se reseña sea magnífico puede ser el mejor punto de partida.

María del Mar Larraza Micheltorena
Universidad de Navarra

Menéndez Alzamora, Manuel, *La Generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006. 509 pp. Ilustraciones. ISBN: 8432312436.

[MyC, 10, 2007, 185-266]

Introducción. Los intelectuales de la Edad de Plata de la cultura española, p. 1. PRIMERA PARTE: DEL 98 AL 14. NEXO Y DIÁLOGO ENTRE DOS GENERACIONES CULTURALES Y POLÍTICAS. 1. El Regeneracionismo de Joaquín Costa, p. 15. 2. Unamuno, precursor desde el 98 de una nueva manera de contemplar el “problema de España”, p. 33. SEGUNDA PARTE: EL PROTAGONISTA. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, VÉRTICE AGLUTINADOR DE UNA GENERACIÓN. 3. El joven Ortega político. Pedagogía y Europeísmo en los contornos del idealismo neokantiano, p. 61. 4. El giro orteguiano de la razón ideal a la razón vital y sus consecuencias políticas, p. 77. TERCERA PARTE: LOS INSTRUMENTOS DE INTERVENCIÓN PÚBLICA DE UNA GENERACIÓN. 5. *Faro* (1908-1909): Una nueva revista para una “nueva juventud intelectual”, p. 99. 6. Hacia la primera identidad generacional: Neorregeneracionismo y Cultura en la revista *Europa* (1910), p. 137. 7. El intelectual y sus voces: el grupo Joven España (1910-1911), p. 161. 8. Los intelectuales y el republicanismo posibilista (1912-1913), p. 189. 9. “Vieja y Nueva Política” (1914), p. 231. 10. La identidad escrita de la Generación del 14. El semanario *España* bajo la dirección de Ortega (1915), p. 263. Un Balance, algunas perspectivas (A modo de Epílogo), p. 343. Notas, p. 351. Cronología (1905-1915), p. 421. Bibliografía comentada, p. 481. Fuentes de las ilustraciones, p. 496. Índice onomástico, p. 497.

En la España del primer tercio del siglo XX no todo fue decadencia. A pesar del lastimoso espíritu que cundió tras el trágico cierre del siglo XIX en una España derrotada y derrotista, el viejo solar ibérico supo proporcionar a la historia universal de las artes un nada desdeñable elenco de personalidades que brillaron con luz propia, con fulgor argénteo. Sumergidos en un contexto crítico, y azuzados por la dramática contemplación del retraso económico, político, social y cultural de un país que se resistía a marchar por la modernidad de la mano de las corrientes europeas, no fueron capaces de reconocer la propia especificidad que significaron, no siendo conscientes de la grandeza que su legado iba a suponer en nuestra historia cultural. No podía ser de otro modo: la vanagloria y la autocomplacencia nunca fueron buenas musas para los aedos, sino más bien el dolor y la amargura, fuente de inspiración de las más profundas y exquisitas realizaciones. Todas las ramas de la cultura contaron con significados exponentes: Ramón y Cajal, Picasso, Gaudí, Buñuel o Manuel de Falla, pero sobre todo destaca en esta Edad de Plata española la plétora de hombres de letras, cuya prolijidad ha hecho necesaria su clasificación por generaciones.

Toda etiqueta es en parte reduccionista, de modo que la categorización en generaciones contará con no pocos detractores que le acusarán de ser un arcaísmo decimonónico inútil para el mundo globalizado actual. Sin embargo Manuel Menéndez Alzamora en su monografía *La generación del 14. Una aventura intelectual*, defiende la idea de generación “como empresa de coincidencias”: no se trata sólo de una proximidad etaria, ni siquiera de una similitud de estilo existencial. La verdadera argamasa que configura la

identidad de una generación la constituye una sensibilidad propia ante la realidad, y desde luego, una misma conciencia: conciencia de pertenencia a una comunidad, y conciencia sobre la misión que su particular contexto histórico les impone. Así pues, cómo no tratarlos por generaciones cuando ellos mismos lo hacían, como queda patente en muchos de sus escritos y de sus polémicas, en las que aplaudían o criticaban la diferente actitud que les separaba de sus predecesores.

Las evidentes continuidades entre ambas generaciones dan pábulo a la crítica de la distinción generacional, sin embargo, la generación del 14 introducirá rasgos peculiares que hacen lícita la diferenciación. Inevitablemente recogerán el testigo de los noventayochistas, después de todo siguen participando del mismo clima existencial. La generación del 98 sufrió la dicotomía espiritual entre el idealismo y el positivismo, se dolieron de la crisis general de las conciencias que asoló a toda Europa, participando de la crisis de la Modernidad. Y a ello se sumaba el implacable y lacerante dolor por el problema de España, irresoluto aún en los años de la Gran Guerra. Pero la generación del 14 avanzó un paso en la confrontación del problema, convirtiéndolo en un reto. La necesaria tarea de destrucción ya había sido hecha, el diagnóstico de la enfermedad de la nación que hicieron los noventayochistas fue reconocido como acertado por los jóvenes intelectuales que tomaban el relevo, pero a ellos les correspondía ahora emprender la labor constructiva: ésa era su misión generacional. Así, se superaba el patetismo romántico que había abrumado a los hombres del 98, esa zozobra emotiva que a ojos de sus sucesores los convertía, por encima de cualquier otra consideración, en literatos, por más que hubieran sido los primeros en auto-proclamarse como intelectuales, en el sentido que en la Europa post-Dreyfus el término estaba adquiriendo.

Que la misión fuese emprendida con renovado optimismo no quiere decir que previamente todo fuera apatía, el regeneracionismo clamado por Costa y secundado por sus coetáneos dan muestra de esa voluntad de actuación para sanar a España. Pero el alma romántica, impulsiva e impaciente, solía caer en desánimo sin no veía cumplidas sus utopías, refugiándose en la ensoñación. Frente a ello, se hacía necesario aplicar un metódico programa de acción, diseñado desde un conocimiento mucho más profundo y científico del problema. Este avance hacia un neorregeneracionismo de nuevo cuño tendrá un artífice incuestionable en Ortega y Gasset, eje aglutinador de la generación del 14 y por tanto, protagonista último de la obra reseñada. El libro dispone cronológicamente el seguimiento de esta evolución intelectual a través de los textos cuyos matices hacen posibles los distinguos entre generaciones. De este modo, a una primera parte centrada en el análisis de esa herencia regeneracionista y noventayochista, con gran atención dedicada a Costa y a Unamuno, le sigue una segunda dedicada a la

figura cenital de Ortega y su tránsito desde el neokantismo idealista de juventud a la fenomenología. Las consecuencias políticas derivadas de ese giro serán tratadas con detenimiento en la tercera parte.

Porque España estaba enferma, pero a diferencia del regeneracionismo costista, que radicaba el problema en lo que para Ortega es la “España oficial”, buscando solucionarlo a través de las oportunas reformas políticas o administrativas, el nuevo diagnóstico orteguiano recogido en *Vieja y Nueva política*, de 1914, consideraba que el problema residía en que esa España oficial corrupta había contagiado al resto de la sociedad, a la “España vital”. La sanación, entonces, requería despertar la vitalidad de esa sustancia nacional, y eso sólo era posible a través de la cultura y de la educación de la ciudadanía. El notable componente político será otro de los rasgos que caracterice a la nueva generación, ya que la política era para Ortega el lugar desde el cual conseguir esa pedagogía social. Bajo el idealismo neokantiano Ortega había defendido una política metódica, inspirada por los conocimientos de la ciencia y de la técnica. El giro fenomenológico tenderá al pragmatismo, derivando en una política realista, basada en las necesidades y posibilidades reales. Pero sobre todo la política era entendida en clave civilista: era necesario educar ciudadanos. Y esa no era labor de políticos, cuyo fin último es meramente utilitarista, esto es, conseguir y mantener el poder. Eran los intelectuales, especie de profesionales de la inteligencia, los que de una forma desinteresada debían orientar esa labor pedagógica.

Aquí reside la concepción que Ortega tenía sobre el papel que les correspondía como intelectuales: debían influir sobre la opinión pública, despertar a la España vital, realizar la pedagogía social. A las tentativas en que se materializó esta empresa dedica Menéndez Alzamora una extensa tercera parte de su libro. Así, analiza la aparición y contenidos de los proyectos periodísticos que emprendieron los jóvenes del 14, que se sirvieron de la creciente pujanza de la prensa escrita como eficaz vehículo de intervención pedagógica. La evolución intelectual de esta generación es seguida a través de las páginas de las revistas *Faro* (1909), *Europa* (1910) y del semanario *España* bajo dirección de Ortega (1915). El nexo entre política y pedagogía también es rastreado a través del análisis de los proyectos políticos en que participaron, como “Joven España” (1910-1911) o la “Liga de Educación Política” (1914), y del posicionamiento de la generación ante el socialismo, el lerrouxismo o el republicanismo reformista. La atención no se agota en Ortega, sino que dará buena cuenta de la nómina novecentista a través de sus postulados y polémicas, como la desatada en torno a la neutralidad de España en la Gran Guerra.

Hablábamos del carácter de literatos de la nómina del 98, de cuya apelación romántica a las emociones a través del lirismo en prosa y verso la Historia de la Literatura ha dado buena cuenta. Sin embargo la del 14 es una

generación reflexiva, que busca influir no ya en los sentimientos sino en la razón, con la ciencia como aval y el ensayo como vehículo de expresión. Quizás este carácter más puramente intelectual y político es lo que ha hecho que mientras que nombres como Baroja, Unamuno o García Lorca sean ampliamente conocidos, no sean demasiados los que identificarían tan fácilmente a Araquistáin o Pérez de Ayala. Un vacío sigue cerniéndose sobre los representantes de la generación del 14, considerada por Menéndez Alzamora como la “generación desconocida”, que no perdida, ya que aunque no del todo reconocido, su legado estuvo presente durante el advenimiento de lo que ellos tanto ansiaron, una democracia de ciudadanos. Quizás tengamos que esperar unos años hasta que la fiebre conmemorativa recupere la significación de estos maestros, como ya ocurriera en 1998 ante el centenario de los noventayochistas. En aquella ocasión, la labor historiográfica no se detuvo en la simple rememoración, sino que trabajó sobre problemáticas conceptuales que en absoluto fueron agotadas. El debate sobre la validez de la parcelación generacional, o la confrontación de pareceres sobre las características e incluso la existencia actual de la figura del intelectual, aceptarán gustosos las reformulaciones que el año 2014 favorezca con motivo del centenario de la generación novecentista.

Manuel Menéndez Alzamora es Profesor titular de Teoría Política y Pensamiento Político Contemporáneo en la Universidad CEU Cardenal Herrera de Valencia. Es autor del capítulo dedicado a la Generación del 14 en la *Historia de la Teoría Política* dirigida por Fernando Vallespín (1995). También es coautor de diferentes libros dedicados al pensamiento político y a la teoría política, entre los que destacan: *Política de la vitalidad* (1996), *Política y sociedad en José Ortega y Gasset: En torno a “Vieja y nueva política”* (1997) y *Pluralismo* (2004).

Katixa Bea Garbisu
Universidad de Navarra

Canal, Jordi, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006. 355 pp. ISBN: 8496467341. 24€

Prefacio, p. 11. Cap. I. La contrarrevolución en movimiento, p. 19; Cap. II. El exilio de 1876, p. 47; Cap. III. De muertes y resurrecciones, p. 77; Cap. IV. Espacio propio, espacio público, p. 97; Cap. V. Los viajes del marqués de Cerralbo, p. 119; Cap. VI. Llauder o el sacerdocio de la causa, p. 159; Cap. VII. En busca del precedente perdido, p. 199; Cap. VIII. La gran familia, p. 237; Cap. IX. Festejando el martirio, p. 275; Cap. X. Las campañas antisectarias de Juan Tusquets, p. 293; Cap. XI. “Como siempre en pie frente a la revolución”, p. 323. Índice onomástico, p. 349.

Cuando, a comienzos de los años cincuenta del siglo XX, el recientemente fallecido René Rémond planteaba la posibilidad de revitalizar la historia política, no trataba tanto de resucitar el cadáver del positivismo, la

[MyC, 10, 2007, 185-266]